

“UN BARRIL SIN FONDO”

María de la Paz Infanti*

Resumen

Belcebú es la historia de un niño con las marcas de la violencia que se perpetúa transgeneracionalmente. Su nombre remite a marcas identitarias confusas y ambivalentes. Ser demonio o exorcista. Ser exceso o restricción. Ser de la abuela o de mamá. Ser un niño o (no ser) un robot. Ser un peso o un sostén.

Es también la historia del juego elaborativo en pandemia y con modalidad virtual.

Y, por último, es la historia del alcance del analista frente a un contexto de mucha vulnerabilidad.

Palabras claves: violencia; marcas identitarias; juego elaborativo; virtualidad; pandemia; vulnerabilidad.

“A BOTTOMLESS BARREL”

Summary

Belcebu is the story of a boy with the signs of violence that are perpetuated transgenerationally. His name refers to confusing and ambivalent identity marks. To be a demon or an exorcist. To be excess or restraint. To be from grandma or from mom. To be a child or (not to be) a robot. To be a burden or a support.

It is also the story of elaborative play during a pandemic and with virtual modality.

And finally, it is the story of the analyst's reach in the face of a context of great vulnerability.

Key words: violence, Identity marks, elaborative game, virtuality, pandemic, vulnerability.

“UN TONNEAU SANS FOND”

Résumé

Belzébuth est l'histoire d'un enfant marqué par la violence qui se perpétue de manière transgénération

* Licenciada en Psicología, graduada en la Universidad de Buenos Aires. Realizó la Carrera de Especialización en Psicología Clínica Infantil con Orientación en Psicoanálisis en UCES.

Actualmente trabajadora de la Dirección Nacional de Abordaje Integral de Salud Mental y Consumos Problemáticos del Ministerio de Salud de la Nación y coordinadora del Equipo de Orientación Escolar de una institución educativa. Trabajó como residente en el Departamento de Salud Mental de Trieste (Italia) y luego formó parte de una cooperativa social trabajando en escuelas y residencias con niños, niñas y jóvenes con patologías graves.

E-mail: maria.infanti@gmail.com

nelle. Son nom fait référence à des marques d'identité confuses et ambivalentes. Être un démon ou un exorciste. Être un excès ou une restriction. Être de grand-mère ou de maman. Être un enfant ou (ne pas être) un robot. Être un poids ou un support.

C'est aussi l'histoire du jeu élaboratif dans une pandémie et avec une modalité virtuelle.

Et enfin, c'est l'histoire de la portée de l'analyste dans un contexte de grande vulnérabilité.

Mots clés: violence, marques, jeu élaboratif, virtualité, pandémie, vulnérabilité.

“UM BARRIL SEM FUNDO”

Resumo

Belzebu é a história de uma criança com as marcas da violência que se perpetua transgeracionalmente. Seu nome remete a marcas identitárias confusas e ambivalentes. Ser um demônio ou exorcista. Ser excesso ou restrição. Seja da avó ou da mãe. Ser criança ou (não ser) robô. Sendo um peso ou um suporte.

É também a história do jogo elaborativo em plena pandemia e com modalidade virtual.

E, finalmente, é a história do alcance do analista em um contexto de grande vulnerabilidade.

Palavras chave: violência, marcas identitárias, jogo elaborativo, virtualidade, pandemia, vulnerabilidade.

El análisis de un niño de diez años, llamado Belcebú¹ transcurre durante la pandemia de Covid 19. Su madre, Grisel, y su padrastro, Pato, observan con sentida preocupación y desborde que el niño tiene actitudes manipuladoras, que miente y luego desmiente historias en casa, en la escuela y en lo de su abuela Berta. Estas historias hacen temer al padrastro que Belcebú pueda denunciarlo mintiendo y acusándolo por violencia.

Cuentan Grisel y Pato que iniciaron una convivencia junto al niño hace dos años atrás. Ambos provienen de familias con dinámicas violentas, refiriendo episodios sumamente graves de violencia física y de otros tipos. Durante las entrevistas iniciales el tema central se relaciona con la frustración de no poder lograr que el niño responda

¹ Aclaración sobre el nombre del caso: En la demonología cristiana Belcebú es uno de los siete príncipes del infierno. El Diccionario Infernal lo describe como una mosca demoníaca también conocida como "el señor de las moscas". Se lo denominó como "el dueño de la inmundicia", debido a que representa el pecado capital de la gula.

a todas las reglas hogareñas que ellos proponen, asumiendo que durante ocho años fue criado sin límite alguno.

Volver a lo indiferenciado y no acotado: lo sin fondo

Previamente a la convivencia con el padrastro, mamá e hijo vivían con los abuelos, quienes desautorizaban a Grisel en su función materna. La abuela Berta le dejaba hacer lo que quería a Belcebú. Le pedía que la llame mamá y le diga papá a un tío materno.

“El problema acá es mi mamá y las cosas que le puede decir al nene”, refiere Grisel en una entrevista, y agrega: *“Belcebú volvió de sus abuelos con 10 kg de más y actitudes manipuladoras”*.

Ante la impotencia de no poder lograr la obediencia del niño, el recurso es quitar: *“le sacamos tele, tablet, todo y no hay caso”*.

Cuando Grisel y Pato le preguntaban a Belcebú sobre cómo se sentía y por qué hacía esas cosas, él respondía que quería que se peleen, para volver a la casa de los abuelos.

Pato refiere: *“es como un “círculo vicioso”. “Viene bien y apenas lo felicitamos arranca mal de nuevo, entonces viene el reto; se pone en camino y cuando le das autonomía, chau”*.

Belcebú le cuenta un día a la mamá, que la abuela Berta le dijo que si hacía todo para que salga mal la convivencia entre Grisel y Pato y vuelvan a su casa, le iba a comprar todo lo que quería. Al día siguiente, le dice a la madre llorando que era todo mentira. Estas mentiras o manipulaciones de Belcebú podrían pensarse como un intento de ser escuchado, mirado, tenido en cuenta, en fin, un pedido de ayuda. Y en esta búsqueda de volver a lo de la abuela Berta, se observa un querer retornar a ese no-límite.

En toda esta conflictiva intersubjetiva, se trasluce la imposibilidad de Grisel de posicionarse como sostén de este niño, quedando constantemente desdibujada como adulta y madre frente a su familia de origen.

Sobrepeso: el barril

Acerca de la compulsión de su hijo a comer, Pato refiere: *“Si lo dejás no tiene un límite”. “Es como un barril sin fondo”. “Si lo dejás elegir, comería pizza y milanesas hasta reventar. Acá es un plato. No tiene acceso a la comida libre”*. Belcebú, ante las restricciones pautadas sobre su alimentación en el nuevo hogar, recurre a comer sobras en la basura. El único límite en ese entorno es la restricción, mientras ellos dos, Grisel y Pato, que también tienen sobrepeso, comen sin límite delante de él.

La abuela Berta, también en su casa, desautorizaba las indicaciones del médico respecto a la alimentación y le daba de comer lo que al niño le gustaba, sin límites nuevamente.

Hace dos años realizaron el último control pediátrico. Frente a la compulsión a comer, el médico le indicó que le hagan porciones. Belcebú mide 1,40 m y en ese entonces pesaba 70 kg aproximadamente.

En las primeras entrevistas, Grisel cuenta que su hijo le preguntó por el suicidio (no recuerda bien cómo le formuló la pregunta) y por el aborto. La interrogó sobre si ella había querido abortar, si para ella hubiera sido mejor que él no naciera. Belcebú le confesó, en ese momento, que a veces se siente un peso. Su mamá le respondió negando aquello que le preguntó. Llorando, le refirió que él le cambió la vida y la hizo más fuerte. Grisel comenta que no le contaría a su hijo que, en realidad, era su abuela Berta la que le pedía que se realizara un aborto, al enterarse de su embarazo.

Un llamado al exorcismo

La mamá cuenta que conoció al papá de Belcebú en un cumpleaños: *“Salimos dos o tres veces antes de tener relaciones, tuvimos solo dos o tres veces relaciones*

sexuales, pero me di cuenta que no era buena persona: tomaba y se drogaba. Dejé de verlo, me buscaba, pero lo ignoraba, y descubrí que había quedado embarazada. Tenía diecisiete años. Fue duro. Mi mamá quería que no lo tenga y me decía: 'así como me llamo Berta te digo que vos no vas a tener ese bebé'". Le pregunto que respondió ella y me dice: "yo no tenía ni voz ni voto", "cambié cuando nació Belcebú", "me hice más fuerte".

"Mi madre siempre hizo una diferencia enorme conmigo y mis hermanos. Mi papá pensaba que yo no era hija de él. Durante mi gestación no le daba de comer a mi mamá y le pegaba. Tomaba. Mis hermanos tuvieron derechos que yo no tuve. A los quince años no me dejaban ni siquiera ir a la plaza con mis amigos. No entendía por qué mis hermanos lo querían, yo no sentía eso. Yo soy la segunda de cinco hermanos. Cuando trabajaba como obrero, así como le pagaban los viernes iba y se lo gastaba en alcohol", cuenta Grisel. Indago si su papá la golpeaba físicamente y me responde que sí y relata la peor golpiza recibida. Nunca lo denunció ni tampoco lo habló con ningún profesional, ya que la madre pensaba que los psicólogos eran para los locos. A Pato su propia madrastra le pegaba cuando se alcoholizaba. Su mamá murió cuando él tenía trece años. Estos hechos, el padrastro se los contó a Belcebú explicándole que "eso es violencia y no que te digan que tenés que poner la mesa".

En relación a su nombre, Belcebú explica en una sesión que está ligado al exorcista, y refiriéndose a la película cuenta: "es quien le saca lo que tenía en el cuerpo a la nena poseída". En este nombramiento, cabe la pregunta ¿este niño es llamado a sacar lo endemoniado de la madre y así volverla más fuerte?

Los restos de lo demoníaco del exorcista

En la primera sesión con Belcebú (on-line), apenas aparezco en la pantalla llora aterrizado. Dice: "tengo miedo de que me haga algo malo", "a los psicólogos le cuentan sus problemas y ellos le cambian la vida". Me comenta que esto lo vio en un video. Respecto al mismo no recuerda ni qué problemas ni cómo le cambian la vida.

“*Estoy acá para cambiar lo que soy yo. Soy un demonio*”. El niño llora. La madre le dice que él no es un demonio. Yo le pregunto por qué lo sería y me responde: “*porque hago muchas cosas malas: lavo mal los platos, siempre hago lo que yo quiero, que no puedo pelotudear, no hago la tarea*”. La madre le comenta: “*igual eso no te hace un demonio, hijo*”. Belcebú le pregunta: “*¿No?*”. La madre insiste: “*¿Por qué más estamos acá?*”. Belcebú le responde: “*dije que Pato era un violento*”. Grisel vuelve a insistir: “*¿Te acordás lo que hiciste con lo de la abuela?*”. Respuesta final: “*mentí*”, expresa el niño.

Luego de presentar sus fantasías en relación al por qué una psicóloga, y a este diálogo entre madre e hijo, le señalo que no tengo poderes para cambiar la vida de nadie, pero puedo ayudar a las personas que se sienten mal, pero no puedo sola. A partir de esto, le comento que si él quiere puedo ayudarlo. Le pregunto si tiene algún poder y me responde: “*los superhéroes no existen*”. Insisto y el niño me dice: “*tengo uno, un poder que no sirve para nada, pero no te quiero contar*”. Seguido de esto expresa: “*soy bueno jugando a los videojuegos, Roblox, Minecraft, pero eso no sirve para nada. Soy bueno dibujando*”.

En sesiones posteriores se vuelve sobre la pregunta acerca de por qué estaba haciendo terapia y responde que tenía que contar “*las cosas que hago mal*”. Le propongo hablar de “*las cosas que le hacen mal*”. “*Nada me hace mal*”, responde Belcebú.

El juego del niño en las sesiones está muy vinculado a historias de un tipo de juegos online basados en la animatrónica². Jolly Bee es su personaje favorito, a quien dibuja en cada sesión y relata sus aventuras y desventuras. Es un animatrónico que tiene el alma de un niño. Algunos relatos de su juego personifican a Jolly Bee: “*Mi alma estaba en un niño. Antes era un niño, pero mi alma entró en un robot luego que envenenaron*

² La *animatrónica* es la técnica que, mediante el uso de mecanismos robóticos o electrónicos, simula el aspecto y comportamiento de los seres vivos empleando marionetas u otros muñecos mecánicos. Son robots que generalmente tienen forma de animales de una manera humanizada y robótica.

la comida. Creo que fue el Hombre Morado”, me dice jugando Belcebú. Le pregunto si le gustaría volver a ser niño y me responde: “No puedo. Ese niño ya no existe”.

“Jolly Bee está feliz. Se olvidó de todo y ahora es feliz, igual es un robot”, continúa diciendo. Le indago si le gustaría tener la capacidad de olvidar y refiere: “Mmm no, porque no puedo”. Repregunto: ¿Pero hay algo que te gustaría olvidar? “Papá... me hizo daño durante muchos años. Y se está olvidando de mí y no me quiere ver y yo quiero olvidarlo para siempre. Se hace el tonto, dice que no tiene dinero, me miente. Yo fui un hijo no deseado. Nací por accidente. No fui imaginado”, responde el niño.

Un sueño con su muerte

“Estoy con pesadillas. Sueño con mi muerte, que estoy atropellado o que tengo un paro cardíaco. Hoy en el sueño fui atropellado: estaba caminando (muchas veces sueño que camino) y venía un camión, iba a correrme, pero ya me había atropellado, no me dio tiempo, no vi la cara del conductor, se cerraron mis ojos y no pude ver más nada. El camión era gris, grande, de Coca Cola, la cabeza del camión era verde, me pareció extraño que sea verde porque era de Coca. Estaba solo porque era como si fuera el futuro. Yo era del tamaño de un viejo. Tenía cosas como las de los viejos, era lento, tenía un bastón en la mano. Estaba yendo para mi casa, estaba bien, no estaba enfermo, sólo me dolían un poco las piernas”, relata Belcebú.

Durante el relato dibuja a Jolly Bee y entrando en el personaje dice: *“Me hice más humano, pero sólo por fuera, adentro sigo siendo el personaje. No soy más abandonado, ahora disfruto del mundo”.* Le pregunto quién le abandonó, *“no sé quién me creó”.* Le sugiero si quiere que lo busquemos y me refiere que *“antes todos pensaban que era un robot malo, que tenía los ojos rojos”.* Rompe el dibujo de Jolly de antes, rompe la hoja.

En relación al sueño le señalo qué pasa después que lo atropellan. *“Luego está todo oscuro, veo solo mi alma, que soy yo ahora, que flota cerca mío, como un espíritu que tiene mi cara. Tiene cara de miedo, se acerca a mí y siento que me va a hacer algo*

feo, matarme o mandarme al infierno”. Le refiero: ¿Y si le pudieras hablar? *“En el sueño no le puedo hablar. Pero le diría que no me haga nada. Esa alma tiene ojos rojos*”. ¿Como el Jolly Be de antes?, le pregunto, a lo que Belcebú responde: *“sí, pero más rojos*”. ¿Y si le decís que se vaya?, le sugiero. *“Primero le preguntaría qué quiere de mí, y luego le diría que se vaya”*, responde Belcebú a mi sugerencia.

Una semana después las pesadillas cesan. Y el juego muestra la siguiente secuencia: *“Jolly bee está muy lastimado. Tiene todo roto el cuerpo. Sangre manchada”*. El Jolly Bee más humano se rompió sin querer mientras Belcebú jugaba; *“ahora tengo una nueva versión, pero también es humano, pero está lastimado. Esas cicatrices van a quedar para siempre. Lo roto queda roto. Las vendas son para que no se vean las lastimaduras”*. Le digo que si las lastimaduras se curan en algún momento, no quedan para siempre abiertas, lo que quedan muchas veces son cicatrices. Son marcas, pero uno las puede llevar muy bien. *“Eso que decís me hace sentir mucho mejor”*, expresa Belcebú.

La vivencia de lo abusivo

En otra sesión me pregunta si sé qué es la pedofilia. Le respondo que sí y le pregunto qué sabe él. *“Les hacen el coso a los chicos”*, expresa Belcebú. Indago qué es “el coso” para él y me dice: *“sexo, a mí nunca me hicieron eso. Si me lo hacen yo lo contaría porque soy valiente”*. *“Con mamá y Pato no soy valiente. Les tengo miedo”*. Se retracta en relación a su madre: *“No quiero pelearme con ella, no quiero hacerle mal”*. *“Con Pato no siempre soy valiente. A veces jugamos a las peleas, y quedo siempre todo rojo. Él sabe defenderse muy bien. Yo no sé pelear ni defenderme. Siempre digo que soy muy fuerte pero no es verdad”*.

Le digo al niño si pensó en algo que pudiera ayudarlo y me dice: *“Hacer ejercicio, destruir torres reales con princesas y príncipes. No, ¡mentira! eso fue un juego. Si saco la furia vas a tener serios problemas”*. ¿Por?, le pregunto y me responde: *“Porque soy muy enojón. Yo me enojo fácil”*.

Le propongo que tal vez lo pueda ayudar a sacar un poco ese enojo sin ponerse en riesgo, ni tampoco a los demás.

Mensaje sobre “el recorte”

Luego de un año y cuatro meses de tratamiento su mamá me envía un mensaje que dice: *“Buenas tardes. Se me pasó avisarte. Belcebú no va a poder seguir con las sesiones, me quedé sin trabajo y no vamos a poder seguir pagándolas”*.

Le propongo a Grisel hablar por teléfono, me dice que decidió irse de su trabajo porque la estaban tratando mal y que Pato la ayudaba económicamente, pero que tenían que hacer ajustes con algunas cosas, un recorte. Le pregunto si lo habló con su hijo y me responde que él le dijo que no tenía problema. *“Él comprende estas cosas”*, dice su mamá. Le señalo que siempre comprende, pero lo que no hace es decir y hacer lo que realmente quiere y eso produce una frustración constante cuyos efectos se observan en muchos aspectos. Grisel acuerda con esto que le planteo.

Última sesión con Belcebú

“¿Me ayudás? Sos la persona más confiable que tendría para que me ayudes a hacer esto”. Belcebú me dice que tiene un robot desarmado que quiere armar conmigo. Le digo que tal vez tenía ganas de jugar, de decirme que lo ayude.

La escena se monta entre los simios y los humanos. Él y los otros dos que lo defienden serían los simios y los humanos serían los cinco que molestan. Alguien lo defiende en la escena, no está solo.

Le pregunto, a modo de despedida, si puede visualizar tres cosas que mejor le hayan hecho del espacio de terapia: *“me hizo no ser tan débil, mejorar mis acciones y sentimientos, no equivocarme”*, expresa Belcebú.

Pide hacer un último juego que había preparado: el robot se encontró con Pepe (un peluche del sapo Pepe que tiene una historia de objeto transicional) después de

mucho tiempo. Pelean. Aparecen palos asesinos. “*Nos tenemos que unir para derrotarlos*”, dice el niño. Ambos luchan juntos contra los palos asesinos. Con los palos le pega mucho a Pepe y al robot. El robot muere, pero Pepe mata al último palo. El robot no puede revivir, pero le dice: gracias por ayudarme. Los enemigos vuelven siempre a ser enemigos: el robot antes de saludarlo lo golpea a Pepe. Evita el saludo. Me sigue hablando de cualquier cosa. Me dice que en la próxima sesión va a traer a la pandilla de Jolly Bee.

Un análisis en pandemia

El análisis de Belcebú acontece durante la pandemia por COVID-19, momento donde la presencialidad no era posible. Ni él ni yo salimos nunca de esa pantalla. Nuestros cuerpos no se veían por debajo de los hombros. Sentados, ambos, frente a la pantalla que nos conectaba.

Algunas sospechas me llevan a preguntar a la madre sobre los controles de salud, y ella me cuenta que hacía dos años que no lo llevaba al pediatra. Belcebú medía 1,40m y pesaba más de 70 kg. Cuando obtengo este dato entiendo una de las limitaciones de las pantallas. Rápidamente entendí que tenía que tender redes para que más personas estuviéramos mirando a este niño y cuidándolo desde diversas disciplinas. Con la escuela fue muy difícil: escuela pública del conurbano bonaerense, ningún contacto, nadie presencial. Pero pude hacer una conexión con la pediatra y nutricionista del centro de salud más cercano a su casa. La madre accede a llevarlo.

La soledad que solemos tener en un consultorio (en relación al hacer con otros/as), se recrudeció con la virtualidad. Era difícil que hubiera otros/as en red, cuidando estas infancias vulneradas.

Él esperaba religiosamente la hora de su terapia. A veces me decía que estaba sentado hacía horas frente a la pantalla. Pasaba mucho tiempo solo en la casa sin tener mucho para hacer. Y aguardaba ese momento con muchas ganas de dar rienda

suelta al jugar. Nunca fue difícil, porque él tenía tantas ganas del encuentro que la virtualidad no (nos) era un obstáculo.

Un análisis en la virtualidad que solo fue posible cuando paciente y terapeuta se dieron cita construyendo el devenir de una historia transferencial.

Recibido: 9/05/2023
Aceptado:06/06/2023